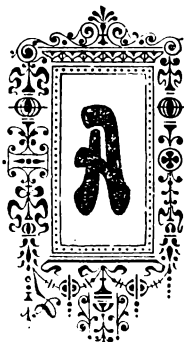


Emparedados



LA vista de los ídolos, sean del género que fueron, nos hemos sentido siempre iconoclastas.

No lo podemos remediar. Es algo instintivo, sólo explicable por la idiosincrasia.

De ahí que nos resulte poco menos que imposible resistir a la tentación.

A la tentación de echar mano de la piqueta y derribar los iconos que profanan el altar.

Ora sea el de la Patria, lleno de becerros...

"Super altare tuum vitulos", dijo aun allí el Rey-Poeta...

Ora el de la religión, a donde a las veces alcanza la ola de la superstición popular...

Ora el de la ciencia, sobre la cual se posan con frecuencia manadas de gansos, confiados en que los capitolinos pasaron a la historia con solo grazar.

Ora el de la acción social, refugio de borregos hambrientos, ansiosos de pastar...

¡Oh! Estos últimos especialmente constituyen legión. Son como nube de langosta...

La incapacidad de ganarse a puño el pan de cada día es compañera de la carpanta febril.

El zángano menos voraz consume al cabo de la jornada más miel que tres abejas.

Eso lo sabe ya cualquier apicultor. Y cualquier hacendero negrense.

Y hasta el menos experimentado inspector de un centro escolar.

No sabemos que ningún Gargantúa se haya distinguido jamás como trabajador.

Y hemos conocido un acervo de haraganes capaces de devorar de una sentada un pico de arroz.

Apuntes ligeros para un estudio de Psicología social y Economía doméstica.

Apuntes sugeridos por las producciones literarias de "José Dubouzet".

¿José Dubouzet?

Sí, lector, José Dubouzet, cuyo nombre te sorprende como si le oyeras la primera vez.

Es paisano nuestro, a pesar de su saborcillo francés.

Es un obrero, no obstante el sonsonete oficinesco del apellido extranjero.

Y con ser un operario rural, es al mismo tiempo un sociólogo en bruto.

En bruto, entiéndase bien. Porque a las veces los vocablos una cosa suenan y otra son.

En bruto, es decir, al natural, sin las engañosas apariencias de los objetos sometidos al barniz.

Hemos dicho que el obrero Dubouzet nos ha inspirado aquellas migajas psicológico-económicas.

Y es que el obrero Dubouzet no ha tenido nunca gran fortuna en ningún oficio manual.

Dedicóse primero a la carpintería, mas las virutas no daban para morisqueta y "tinapí".

Sustituyó los utensilios del taller por los aperos de labranza y se dió a la vida del campo.

Que no es precisamente la "descansada existencia" cantada por fray Luis de León.

Y la labor de aparcería, además de ser demasiado ruda para él, tampoco daba para pan.

Sentó plaza de capataz de obras del Gobierno Provincial.

Al fin de cuentas, se dió el obrero Dubouzet, siempre es mejor mandar que trabajar.

Mas la vaca lechera del erario público tampoco producía lo necesario para su sustentación.

Y Dubouzet dió en tabernero, oficio lucrativo cuando se le sabe con talento manejar.

Pero al tabernero Dubouzet se le iba todo el vino en brindis, como quien dice toda la pólvora en salvas.

Y desapareció de la noche para la mañana dejando las arcas vacías y los barriles idem.

Al cabo de tantos descalabros y algunos más, renunció formalmente a todo trabajo manual.

Y se hizo orador... Orador socialista... Orador con ribetes bolseviques...

Es decir... Incapaz de ganarse la vida trabajando, se metió a charlatán.

Y hasta tienen arrestos para dar a la prensa juicios personales sobre el trabajo y el capital.

Veamos algunos botones tomados al azar de la plana editorial de "Nueva Luz".

"En nuestro concepto el difícil problema de la cuestión social no es otra cosa que el derecho de cada uno".

Bien, obrero, Dubouzet, muy bien.

¡Recato! Usted debiera ocupar alguna cátedra de Universidad.

Porque para labrar definiciones es usted un modelo de concisión y claridad.

Pero como desgraciadamente no todos tienen adaptados los ojos del entendimiento a esc y - nero de iluminación, les ayudaremos con algunos ejemplos.

¿Que yo tengo derecho a escribir y usted, obrero Dubouzet, le tiene a disparatar?

Pues esa es precisamente la cuestión social.

¿Que usted no tiene derecho a la morisqueta que se zampa a diario, porque usted, obrero Dubouzet, no se la sabe ganar?

Pues esa no es cuestión social, porque ésta es únicamente el derecho de cada cual.

¿Que a usted, obrero Dubouzet, no le asistía ningún derecho de arrastrarse por las escaleras de ciertos conventos de Negros, al amparo de su suouesta religiosidad, para comer de gorra durante un mes?

Pues, obrero Dubouzet, esa tampoco es cuestión social, sino de decoro y pundonor individual. Se me antoja que con estos ejemplitos, todos, obrero Dubouzet, entenderán su definición.

"Los Legionarios del Trabajo, gran sociedad cuyos actos todos son inspirados por los sacrosantos principios de libertad, igualdad y fraternidad".

También esto merece una pequeña aclaración, a beneficio de los menos habituados a discurrir.

En Negros hay sin duda muchos trabajadores que se ganan el sustento cotidiano con el sudor de su frente.

Y usted, obrero Dubouzet, usted no supo jamás adquirir la vianda con su humedecimiento frontal.

Eso no es IGUALDAD. Eso es una disparidad. Sacrosanto principio también del sentido común.

Del cual parece haberle eximido a usted, obrero Dubouzet, la divina Providencia por privilegio especial.

En Negros habrá seguramente gran número de operarios que nunca hicieron "langis" a curas y frailes... por arrancarles un mendrugo de pan.

Y usted, obrero Dubouzet, usted ha vivido arrimado a curas y frailes para... poder comer.

Esto tampoco es IGUALDAD. Esto es una manifiesta oposición entre ellos y usted.

Usted rondando rastaramente la mesa conventual y ellos labrando la tierra de sol o sol.

En Negros hay muchos solípedos y no pocos rumiantes que resuelven prácticamente el problema de la vida sin tener cuenta de Dios.

Usted, obrero Dubouzet, querría resolver de idéntica manera la cuestión social.

Eso sí, obrero Dubouzet, eso es perfecta IGUALDAD. ¡Palabra!

"Esas instituciones monacales y seculares que de antiguo vienen siendo antagonistas furibundos de los Legionarios."

Obrero Dubouzet, los Legionarios son de anoche y morirán mañana. ¡Se lo juro a V. por Baco! Y las instituciones "seculares", sean o no monacales, mal pudieron ser "de antiguo" antagonistas de lo que acaba de nacer.

Usted, obrero Dubouzet, se colaba en los conventos de Negros, a comer de gorra, aduciendo a su favor haber sido "discípulo de los Jesuitas".

Nadie ignora que los Hijos del gran Loyola son insuperables en el arte de enseñar.

Pero ¡caray! no consta que Dios les haya concedido la facultad prodigiosa de hacer milagros. Y donde no hay fósforo, obrero Dubouzet, no hay Jesuita que le pueda colocar.

Y usted, obrero Dubouzet, usted salió poco menos que en bruto de las aulas de la Compañía.

Y luego después en las escuelas públicas tampoco le pudieron mellar.

Eso estaba ya visto, obrero Dubouzet.

Piedra que no pudo labrar un Jesuita, muy berroqueña debe de ser.

"Quod non est a natura, tararura", le diría a V., si V. fuese capaz de catar la profunda filosofía de esa sentencia popular.

El obrero Dubouzet asegura haberse educado con los Padres Jesuitas.

El obrero Dubouzet ha frecuentado en sus días de miseria la compañía de los Párrocos de Negros.

Pertenecientes a instituciones "seculares" en su mayoría y "castilas pa."

El obrero Dubouzet ha vivido durante un mes consecutivo en una casa parroquial a mesa y mantel.

El obrero Dubouzet ha sido tratado por los sacerdotes católicos con inmerecida distinción.

Y a cambio de todo ello, les llama ahora desde las columnas de la prensa "los leprosos de la humanidad."

No debe empero sorprendernos semejante villano proceder.

Bien advertidos nos tenía ya el conocido refrán: "Cria cuervos y te sacarán los ojos."

Calienta en tu seno la víbora entumecida por el frío y cuando pueda moverse te inyectará su veneno en el corazón.

Reparte beneficios a tipos a lo Dubouzet y alcanzarás en premio la correspondencia del rufián.

Vicente Sotto continúa en estado comático.

Los esfuerzos de la medicina no han conseguido todavía reducirle a razón.

Según los Doctores que mejor han estudiado los prodromos del ataque, se debe a Recto.

Después de darle con el palo en los morrillos, le propinó una estocada superior.

Yo estuve a punto de pedir a la Asamblea las dos orejas para el gran Misionero.

Por supuesto, las dos orejas habían de ser del mismo Vicente Sotto.

Pero pensé para mí: ¡Qué se hace Recto con dos orejas de conejo?

Y lo dejé pasar.

Se teme ya por la existencia política de Vicente Sotto.

Los médicos de cabecera no darían por el paciente ni un cuerno de caracol.

Vicente Sotto no tiene lastre... Lo ha dicho el gran Recto.

¡Si le conocerá!...

R. I. P.

CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. N.o 212

Tel. 572

PARA
EL SERVICIO CIVIL Y CURSOS
COMERCIALES POR CORRES-
PONDENCIA

ESCRIBAN AL

Cosmopolitan Business College

MANILA, P. I.

(Profesores americanos)